

Cuando una familia decide abrir su casa

Mary Nady y Miguel Romá

Jubilados. Viven en Alicante.

Nos han pedido un artículo breve sobre la familia, en clave testimonial y que presente experiencias o visiones familiares. Siempre nos hemos resistido a contar nuestra historia, primero porque no nos parece relevante y, además, porque creemos que esto que podríamos calificar como nuestra intimidad, es simplemente una experiencia más, muy importante para nosotros pero que debía quedar en el seno de nuestra familia. De todas formas, como somos fáciles, al final hemos accedido y vamos a compartir nuestra vivencia.

Para situarnos un poco, diremos que tenemos tres hijos, una chica y dos chicos, y nuestro proyecto tanto de pareja como de familia, siempre ha sido el ser felices, pero, convencidos de que la felicidad no consiste en tener más cosas, nos hemos dedicado a buscarla de otra

forma, y en esa búsqueda se desarrolla esta historia.

Esta experiencia nace en el seno de una comunidad cristiana de base. Hace ya casi veinticinco años decidimos probar un nuevo estilo de vida, y cuatro familias dimos el paso de juntarnos para vivir y poner todo en común y experimentar vivencialmente lo que suponía cambiar la expresión «yo» por «nosotros» y «mío» por «nuestro». Era la pequeña respuesta de dieciséis personas ante lo que no nos gustaba de la sociedad en que vivimos. Después de meditarlo mucho tanto en común como particularmente cada una de las cuatro familias, pedimos un préstamo, compramos dos casas viejas en un barrio obrero y las acondicionamos para vivir juntos.

Por aquel entonces estábamos realizando un curso de teología sobre

la Trinidad y nos encontramos con una palabra de origen griego «Perijóresis» que se empleaba para definir la interpenetración, la profunda relación entre Padre, Hijo y Espíritu, y ese concepto nos gustó para nuestro proyecto y decidimos bautizar la nueva vivienda con ese nombre, pero la niña más pequeña de quienes iniciamos la vida en común, que tenía cinco años, nos dijo que esa palabra era muy difícil y que mejor la llamáramos «la Peri» y desde entonces así se llama nuestra casa. Casi sin darnos cuenta habíamos iniciado el cambio del concepto mismo de familia: pasamos de la familia nuclear a otra más amplia.

En la decisión de este cambio nuestros hijos jugaron un papel muy importante pues participaron activamente en la decisión y apostaron sin reservas por dar este paso tan importante en nuestras vidas. Como matrimonio teníamos muy claro que únicamente podíamos iniciar esta experiencia si era compartida por toda la familia y quizás influyó mucho el que ya antes de este proyecto habíamos tenido chicos y chicas de aquí y de fuera, en nuestra casa, compartiendo nuestra vida, y habíamos comprobado que eso ayudaba en esa búsqueda de felicidad que teníamos como meta.

Pero este planteamiento que con tanta ilusión habíamos iniciado

nos duró muy poco. Ya desde el principio nos comprometimos las cuatro familias a no desprendernos de nuestras viviendas para no vernos obligados a continuar si algo no nos gustaba, y viéndolo ahora con perspectiva, parece que alguna premonición nos llevó a tomar en serio aquel compromiso. En muy poco tiempo, ocurrieron cosas muy justificadas que llevaron a las otras tres familias a abandonar el proyecto común que con tanto cariño e ilusión habíamos iniciado. Aquello fue un golpe muy duro, habíamos puesto mucha ilusión y de pronto todo se vino abajo.

Sin esperarlo, sin quererlo ni buscarlo, habíamos vuelto a la familia nuclear, pero ahora viviendo en una casa diseñada y construida para dieciséis personas cuando quedábamos cuatro, ya que nuestra hija se había casado y se había marchado a vivir al Perú. El paso inverso lo habíamos dado después de haberlo meditado y pensado en profundidad en el seno de nuestra familia y tras comentarlo con nuestra comunidad. Ahora tocaba hacer lo mismo otra vez. ¿Qué hacemos? ¿Volvemos a nuestra anterior vivienda o buscamos un nuevo planteamiento de la que habíamos construido?

Estábamos en unos años en los que la llegada de inmigrantes era importante y su situación muy

problemática al carecer de los obligados permisos de residencia y trabajo, sufriendo verdadera persecución policial y con graves dificultades para conseguir medios de vida. Vimos que por ahí podríamos orientar nuestra forma de vivir, y que podríamos construir un hogar abierto y cálido, aprovechando las habitaciones que teníamos vacías en nuestra nueva casa para dar cobijo a inmigrantes que habían dejado su país, sus costumbres y su familia y se habían lanzado con coraje e ilusión a la aventura de buscar un futuro mejor para ellos y sus familias.

Y empezamos una nueva etapa en nuestra historia familiar. Abrimos nuestras puertas y muy pronto empezamos a compartir nuestra casa, nuestra despensa y lo más importante, nuestro tiempo, con personas llegadas de todo el mundo. Poco a poco, nuestra forma de vivir volvió a cambiar radicalmente. Del pequeño núcleo familiar habíamos pasado a ese otro grupo mayor con planteamientos comunes y ahora también esto quedaba atrás. Comenzábamos a compartir la vida con gentes mucho más heterogéneas por sus planteamientos, sus historias, sus religiones, sus procedencias, sus lenguas, sus expectativas..., y con ellos y ellas empezamos a enriquecernos: cada uno nos aportaba un montón de

cosas ya que no se trataba de compartir un espacio físico (la casa) sino la vida misma.

Nuestras respectivas familias respetaron la apuesta y nuestros hijos apostaron firmemente por la idea y desde el principio se acostumbraron al trasiego de personas y hoy en día, cuando ya se han independizado, consideran que la experiencia supone una gran herencia y les gusta que sus propios hijos disfruten de la multiculturalidad que se respira en la casa. Sin lugar a dudas podemos afirmar que nuestros nietos y nietas, hasta los más pequeños, quieren estar en la Peri.

Son más de trescientas personas las que han compartido sus vidas con nosotros. Y eso quiere decir que son más de trescientas veces las que nos hemos visto enriquecidos con el aporte de sus historias personales, tan variadas como cabe imaginar. Verdaderamente es imposible continuar mirando la realidad que nos rodea con los mismos ojos que antes. Las anécdotas de los viajes en patera poniendo en riesgo sus vidas, el conocer de primera mano lo que sienten cuando se ven empujados a abandonar todo lo que tenían empezando por sus propias familias en busca de una vida con menos privaciones para los suyos, cuando quien vive contigo se abre y te cuenta en primera persona lo que la inmi-

gración le ha supuesto, no puedes dejar de hacer algo, aunque como en nuestro caso sea poquito, para intentar que este mundo sea más justo y más igualitario.

Por lo que llevamos contado, creemos que todos habrán deducido la importancia que en nuestro planteamiento de vida han tenido las Comunidades Cristianas Populares, lo que en América Latina se denominan Comunidades de Base, que partiendo de la teología de la liberación, o quizás dando lugar a ella, a raíz del Vaticano II nos mostraron un montón de caminos que nos podían acercar a esa felicidad que buscábamos y que nos llevó a ir dando pasos hasta llegar a la situación actual.

Echando la vista atrás, tenemos que afirmar que los veintitrés años de nuestra vida que llevamos en la Peri han representado una verdadera escuela de aprendizaje y enriquecimiento. También hemos aprendido a relativizar nuestras situaciones: ¿cómo nos vamos a quejar de tener una hija a diez mil kilómetros? Tenemos la suerte de vernos prácticamente todos los años y hay perso-

nas viviendo con nosotros que se han visto obligadas a pasar muchos años separadas de los suyos.

Nuestra familia se ha convertido en algo grande, grande. Hemos aprendido a celebrar juntos muchas más cosas. Convivimos católicos, protestantes, musulmanes, ateos..., y todos celebramos por ejemplo la Navidad o la Fiesta del Cordero, ya sabemos respetarnos mutuamente en nuestra diversidad y aprendemos lo bueno que hay en cada persona. Hasta algunos hijos e hijas de inmigrantes nos han adoptado como sus abuelos de España y como tales hemos participado en sus colegios.

Haciendo un pequeño resumen diremos que hay muchos caminos, muchas formas de buscar y encontrar la felicidad a la que todos aspiramos y nuestra opción es simplemente una de entre todas ellas y cada cual debe elegir la suya. Nosotros tenemos que concluir mostrando nuestro agradecimiento a la vida por habernos dado estas oportunidades. Una verdadera familia como la que tenemos y disfrutamos es para dar gracias todos los días. ■